

Juan José Morosoli



Un Bicho

textos.info
biblioteca digital abierta

Un Bicho

Juan José Morosoli

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8523

Título: Un Bicho

Autor: Juan José Morosoli

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 27 de febrero de 2025

Fecha de modificación: 27 de febrero de 2025

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Un Bicho

Funes, que recién había desmontado, le estaba diciendo que venía de parte de don Mario Gómez a buscarlo.

—¿Sos de la policía ahora? —bromeó Martín.

—No. Lo que pasa es que tu tío te quiere hacer hombre porque vivís como un bicho.

Martín replicó:

—Seré bicho porque vivo en el monte...

—A los bichos con un solo cuero les alcanza.

Cierto es que Martín tiene poca ropa y que la vida de él es comer, trabajar y dormir. Pero es cierto también que tiene un revólver, un cuchillo de plata y oro y un caballo "gordo y manso que es un perro".

—Sí —dice Funes— , pero con eso no vas a ir a ningún lao...

Martín ríe. ¿Con un caballo, un revólver y un cuchillo no va a ir a ningún lado?

Conversaron un rato y Martín resolvió irse.

Cuestión de probar, había dicho Funes.

—Pues... total nunca he probao cambios...

* * *

La vida de Martín fue siempre la misma. Era hijo del monte. Vivió siempre con el padre que era monteador y carbonero. De la madre nunca supo nada. El rancho donde vivían era andariego. Iba cambiando de lugar, según el padre iba rozando monte.

Cuando entre la vivienda y el carbonal quedaba mucho espacio sin árboles, el padre arrancaba los horcones y los acercaba a los árboles vivos.

Tendría diez años cuando el padre se enfermó. Lo llevaron al pueblo. El quedó con Arbelo —otro montaraz— de poca prosa, compañero de trabajo.

Un día llegó un guardia civil a avisar "que el pobre Menchaca hacía días que era muerto".

Arbelo despidió al chasque, ensilló, llamó a Martincito y lo llevó al boliche del Turco José. Habló algunas palabras con éste y se sentó en un rincón. Apuró tres o cuatro cañas metido en un silencio que hacía callar al Turco.

Después de ir y venir del mostrador a los estantes éste llamó a Martincito, le puso una camisa de merino negro y le dio un paquete de caramelos y ticholos.

—Cómalos todos nomás, —le dijo— son de regalo...

Arbelo pagó, ganó la puerta y ordenó al niño:

—Vamos.

El Turco abandonó la reja y llegó al resguardo de ramas que le hacía techo. Desde allí se animó a gritar a Arbelo:

—Cuídelo, pobrecito...

Arbelo ni le contestó.

* * *

Cuando llegaron al rancho miró al niño y le dijo:

—Usté sientesé nomá... Yo cocino.

Martincito comprendió que algo grande había ocurrido porque Arbelo no era hombre de comedirse para aliviarlo de esta tarea que le correspondía a él...

Después se asomó al monte, vio el caballo del padre y se puso a llorar.

* * *

Iban conversando. Se empeñaba Funes en convencerlo "que él vivía que era una desgracia".

—Taparse las carnes, le dice, y comer y dormir no es la cosa... También hay que divertirse y vos no sabés lo que es una diversión...

—Me he divertido —dice Martín.

—No te he visto salir del monte...

A Martín le hizo gracia la contestación y replicó:

—¿Zambullir en la noche en la laguna de Arreche haciendo callar el monte qué es? ¿Y llevar dos yeguas tapadas de contrabando desde lo de Gervasio a lo de Pérez por entre el monte sin trillo, qué es? ¿Y hacer echar al zurdo Arriola cansao como un perro en una monteada, qué es?

—¿Y qué ganabas vos?

—¿Vos sabés lo que es ver echao de cansancio a un hombre como el zurdo? ¿Y que tenga que cocinar pa todos quince días?

—Mirá que cosa...

—¿Cómo qué cosa? ¿El otro cocinando, atendiendo guiso o puchero y vos a lo coronel pitando y tomando mate al lao del fogón?

* * *

Ahora le daba la razón a Funes. Qué monte ni monte. La gente que vivía bien era la del pueblo. El se levantaba a las cinco. Tomaba mate hasta que quería. Después empezaba a trabajar. Al rato nomás "venía" el café con leche y pan fresco. Cualquier cantidad de pan fresco.

El trabajo era livianito. De muchacho. Ordeñar la vaca. Picar leña. Ir recibiendo lechones y gallinas y encajonar huevos.

El almacén lo atendía el tío, ayudado por un chiquilín de unos doce años, vivo como un rayo, que según aquél "cuando fuera mayor de edá capaz que ya se había comprado hasta la plaza del pueblo".

El no tenía sueldo. El tío lo vestía, lo calzaba y había prometido guardarle unos pesos por mes.

Estaba prosiando con "el dependiente", —pues el tío se había ido a surtir a la ciudad—, cuando llegó la vieja de Antúnez:

—Mijo, vengo a pedirle un poco de yerba y azúcar.

El chico le dijo que él no podía fiar nada.

—Esta es la casa de tome y traiga —dijo.

A Martín le dio lástima la vieja y ordenó:

— Dale un poco de cada cosa...

Cuando llegó el tío y se enteró se puso fuera de sí.

—¿Cómo? —le dijo—. ¿A usted quién le ordenó dar las cosas?... ¿Es suyo el boliche?

Y siguió con una retahila de reflexiones. Que él no tenía la culpa que la vieja no tuviera plata. Que había que ver qué elemento era cuando joven... Que "tener" se pelió con "dar".

Y remachó:

—Que si él estaba remediao era porque no daba... Que los bienes eran pa remediar los males... Que mejor era dar envidia que lástima.

Y que todo lo hacía para bien de él, de Martín...

* * *

Después de aquello las cosas siguieron bien. Hasta aquel día que llegó el negro Justino poco menos que de arrastro.

—¿Qué le pasa, Justino?

—Me pasa que tengo una pierna medio echada a perder... Me voy al pueblo... ¿Y usted sabe lo que es dar a los lamentos y sin fumar?...

Le pidió un paquete de tabaco y un poco de creolina suelta para curarse.

Entonces Martín le ordenó al muchacho:

—Dale tabaco, creolina, salchichón y galleta.

Calló un segundo y agregó:

—Y me apuntás todo a mí.

* * *

Cuando llegó Gómez y el muchacho le dio cuenta empezó a los gritos.

—¡Martín! ¡Martín!

Cuando éste llegó, el hombre estaba hecho una furia.

—¿No le dije, amigo, que no quiero que dé nada? Que el almacén no es suyo... ¿Qué tiene que proteger a nadie usted? ¿Eh?

—El pobre está enfermo...

—Qué enfermo ni enfermo. ¡Un negro que no sirve pa nada!

A Martín se le levantó la sangre.

—Vayasé a la tal por cual —le dijo.

Se dio vuelta y ganó el galpón.

* * *

Galopaba en la tarde mansita cuando se encontró con Funes.

—¿Y? —preguntó éste—, ¿ya dejaste a tu tío?

—¿Mi tío?... Más vale ser sobrino de un chancho que de un tío —contestó.

Y siguió rumbo al monte donde no había rejas, ni negros, ni tíos.

A vivir a lo bicho otra vez.

Juan José Morosoli



Juan José Morosoli (Minas, 19 de enero de 1899 - Minas, 29 de diciembre de 1957) fue un escritor uruguayo referente de la narrativa de la primera mitad del siglo XX, perteneciente a la generación del Centenario.

Su obra de corte criollista está centrada en el hombre de campo y su ambiente rural o de pueblo chico. La soledad, la muerte, los personajes simples y humildes, los oficios en extinción, la transición entre el gaucho y el campesino, establecido muchas veces en condiciones miserables,

forman parte de sus relatos breves enmarcados en la literatura posgauchesca de su país.

En colaboración con Julio Casas Araújo escribió tres piezas teatrales entre 1923 y 1926: Poblana, La mala semilla y El vaso de sombras. Fueron estrenadas en Minas y Montevideo.⁴ Poblana, cuyo texto se extravió, fue estrenada en diciembre de 1923 en el teatro Escudero de Minas, por la compañía de Carlos Brussa y con la dirección de Ángel Curotto. En 1925 la misma compañía estrenó La mala semilla. En 1926, con Curotto como director, la compañía de Rosita Arrieta estrenó El vaso de las sombras en el teatro Lavalleja de Minas.

En 1932 publicó en Minas el volumen de cuentos Hombres, reeditado en 1942 con modificaciones (tres cuentos suprimidos y cinco agregados) y prólogo de Francisco Espínola. Colaboró en 1933 con la Revista Multicolor de los Sábados (dirigida por Borges y Ulyses Petit de Murat) del diario argentino Crítica y a partir de 1934 con cuentos y artículos en el suplemento dominical de El Día de Montevideo. Desde 1940 lo hizo en el semanario Marcha, desde 1944 en la Revista Nacional y desde 1948 en Mundo Uruguayo.

En 1936 publicó "Los albañiles de Los Tapes". Le siguieron "Hombres y mujeres" (1944), "Perico" (1947, cuentos para niños, uno de sus trabajos más populares), "Muchachos" (1950, su única novela) y "Vivientes" (1953).

Estos títulos le otorgan el favor del público y de la crítica, entre los que se cuentan los responsables de la revista Asir que pasan a considerarlo uno de sus maestros. Fue uno de los más importantes cultores del cuento corto en Uruguay en los que rescata las vivencias de los personajes anónimos de pueblos del interior y de zonas rurales de su país.